

PLÁTICA

No hay duda de que las Letras progresan, de que las Artes se agigantan. Y de las Ciencias no hay qué hablar.

Pero en lo que á las Letras concierne, muchos espíritus exageradamente pesimistas, sin ser necios, podrán dudar del positivo progreso de las mismas.

Y por lo contrario: cándidos optimistas pensarán que en punto á literatura hemos alcanzado un progreso asombroso, colosal. Notarán que nuestra lengua, no obstante ser tan rica, tórñase insuficiente á las necesidades de la expresión, y que en consecuencia, los liberales reciben con ansia el chaparrón de vocablos extranjeros que inunda al castellano.

¿Quién, por ejemplo, no se asombra de esa ingerencia del francés? *Sans facon, consm'il faut, si vous plaît, maître d'hôtel, boudoir, soirée, matinée, serre, bureau, secrétaire...* frases y palabras son todas de uso corriente y familiar, que ya repiten hasta las cocineras.

Bien es verdad que tal uso—debiera decir abuso—es uso ramplón y cursi en demasía; pero ¡qué demonio!... como son tantos los cursis, claro es que necesitan del empleo de locuciones en armonía con su ridícula naturaleza.

No ha mucho tiempo publicábase un libro—*Amapolas y Cintarazos*—donde se hace tan excesiva gala de esa erudición poliglota, que más bien que libro resulta aquello el acta de la escandalera que se armó en la torre de Babel cuando Dios confundió las lenguas de sus edificadores.

¿Pues y cuando á alguien le da por tirar de péñola y presentarnos un libro de *esprit*—¿ven ustedes?... hasta yo mismo incurro en la galomanía—un libro donde se explaya su alma en discreteos íntimos, de puro interés afectivo, y lo escribe en lengua distinta de la suya, de la nativa?

También no ha mucho ha sucedido tal hecho. La célebre Duquesa de la Torre ha publicado, como sabreis sin duda, un libro con este título: *Chosses crâics*.

¿Qué os parece?... ¿Hasta qué punto no se habrá empobrecido nuestro idioma cuando una española de pura raza—tal creo—se vale para expresar sus afectos y narrarnos cuatro noticias, del idioma francés?

No he leído yo el libro, ni pienso, por varias razones. La primera es, que me falta mucho por leer en castellano, y aún en francés mismo, de mayor interés y trascendencia; la segunda.... Pero basta. Seamos como el militar del cuento.

Las referencias que de tal libro tengo se reducen á cuatro frases huecas, insípidas, escritas por Kasabal en *La Ilustración Ibérica*. Por él sé que se trata de un libro muy bien escrito; que no hace revelaciones políticas, debido á que el Duque de la Torre nunca guardaba papelotes; pero que la obra revela á una

gran literata; que vale mucho; que es muy excelente, etc., etc.

Total: nada entre dos platos.

*
* *

Por donde quiera que la vista tendamos se ve siempre lo mismo: abandono del idioma de Cervantes por cualquier otro, aunque este otro no se hable ya en el día, como por ejemplo, el latín.

El latín, sí, señores. El *latín*, esto es, una lata, no de las grandes, pero lata á la postre; latita que tienen que sufrir todos los estudiantes de bachillerato, y de los que se libran mediante los exámenes, si no ordinarios, extraordinarios al menos.

El latín, sí, señores, no me canso de repetirlo. ¡Que!... No os habeis fijado en el anuncio de los chocolates de los RR. PP. Benedictinos? Lo ví un día en la cubierta de *Blanco y Negro*. «*De omnibus chocolati clasibus*. En todas las libras—prosiguen los anuncios diciendo—se acompañan *instrucciones en latín y en español con el método de hacerlo en las casas*.»

Instrucciones en latín, ¿entendeis?... Instrucciones en latín, por si acaso se os ofreciere alguna duda en la instrucción castellana.

¡*Vade rétro!* digo yo ahora, por echar también «mi cuarto á latín.»

Pero lo gracioso de todo esto es que en España donde los bachilleres salen de los Institutos ignorando el latín, salga el latín en los anuncios de los periódicos callejeros.

Y á propósito: ahora que el Sr. Moret se trae entre manos un complicado plan de reforma de la Enseñanza, yo le recomiendo que suprima las Cátedras de Latínidad en los Institutos.

Y no quiero decir con esto lo que ciertos periódicos de gran circulación dijeron de la lengua latina tiempos atrás, con motivo de unos exámenes de prueba de curso. Dijeron que aquélla no servía para maldita de Dios la cosa. Olvidaban, ante el espectáculo que dan la mayor parte de nuestros bachilleres, que el latín es la madre del castellano, del italiano, del francés y de otros idiomas hoy vivos, pero de menor cuantía; y olvidaban, por ende, que nadie sabrá concienzudamente una palabra de castellano si tampoco ni una palabra sabe de latín.

Suprima el idioma del Lacio el Sr. Ministro de Fomento, ó déle la importancia que deba darle.

SINIBALDO PALMA.

Madrid, 30 Marzo, 93.

